

el instituto internacional del teatro

ES un hecho indudable que el Centro Español del Instituto Internacional del Teatro (creado y sostenido por la UNESCO) no ha funcionado adecuadamente. Años atrás se adjudicaron unas tarjetas a diversos autores, directores, críticos y hombres que viven de cerca el fenómeno teatral, y se zanjó la cuestión. Las actividades posteriores del Centro Español se han limitado, fundamentalmente, a difundir entre los elegidos el material que llegaba de París y a facilitar a la UNESCO —por lo común, entre el desinterés general y la escasa colaboración de nuestros profesionales— los datos sobre la vida teatral española que eran solicitados.

Indudablemente, el Centro Nacional de un Instituto de la UNESCO —sufragado con la aportación económica de los diversos estados miembros— no puede ser una entidad independiente. Sus dependencias y relaciones con los organismos oficiales son claras e indiscutibles. Otra cosa sería falsar ingenuamente el valor y sentido de los Centros Nacionales del Instituto.

Ahora bien, aceptada esta dependencia última —establecida por un hecho económico y político previo—, no cabe duda que el Centro Español debe alcanzar una proyección y un campo de actividades muy superiores a los que se han derivado de su total indentificación con la Dirección General de Cinematografía y Teatro. El Centro, en suma, debe de ser algo distinto, "estar fuera" de los organismos oficiales, buscando sus bases de sustentación cultural en la participación de nuestros profesionales y en los servicios que puede prestar al teatro español.

Tendríamos que preguntarnos ahora sobre las causas del subdesarrollo del Centro Español. El porqué de su ineficacia, en el plano informativo y de intercambio, en orden a una mayor integración de nuestra vida teatral en la vida teatral europea. No hay duda, en este sentido, que los centros nacionales del Instituto del Teatro son piezas fundamentales para constatar diferencias y promover evoluciones.

A esta pregunta caben varias respuestas. Las hay, un tanto elementales, que se ciñen a una crítica de la Administración. Se podría decir, entonces, que al Estado no le ha interesado la contemplación del teatro español dentro de las líneas maestras del teatro europeo; que nuestros repertorios, nuestras técnicas de representación y la organización económico-social del teatro se han mantenido voluntariamente al margen. ¿Sería esto exacto? No del todo. Las razones del subdesarrollo del Centro Español hay que buscarlas, me parece, en la idiosincrasia del aparato teatral tradicionalista, siempre al borde de la irritación, la incompreensión, o la caricatura, apenas se plantean los problemas de la actual decadencia de la escena española. Para este sector, el interés por lo que sucede en los grandes teatros europeos es algo así como un insulto a la grandeza immanente y automática de España. Cualquier preocupación por el trabajo de los grandes directores y compañías que hoy definen el teatro europeo es entendida como una perversión, cuyo origen patológico hay que buscar en el fracaso, en la impotencia para hacer una función que guste a las señoras de la buurguesía española. En el fondo, y hablando llanamente, volvemos a encontrarnos ante el dilema de siempre: si el teatro es un negocio, conviene halagar a la clientela y mantener el producto dentro de las leyes del comercio. Otra cosa es dar ya el gran salto: admitir que el teatro está al servicio de una colectividad y que constituye uno de los medios de su desarrollo. En otras palabras, que el teatro es cultura y que quien gana o pierde con él no es un empresario, sino una sociedad.

Está claro, pues, que los funcionarios de nuestra Dirección General de Cinematografía y Teatro no han contado jamás con la colaboración suficiente de ese sector. Hubiese sido un contrasentido. Para quienes escriben, por ejemplo, que «De Madrid al Cielo» puede compararse con los mejores espectáculos extranjeros, es indudable que el Centro está de más. O no pasa de una estafeta de correos que recibe y distribuye una serie de boletines y cuestionarios.

Es inútil decir que muchos pensamos de otra manera y que consideramos de interés cuanto en el anteproyecto se dice a propósito del desarrollo del Centro Español del Instituto Internacional del Teatro. Sólo que estamos convencidos de que en éste, como en otros puntos del anteproyecto, se ponen en juego cuestiones básicas y más anchas de las que aparecen específicamente enunciadas en el texto. En este caso, la renuncia a la parrotaría teatral y la nueva consideración de las relaciones entre el teatro español —la cultura española— y el teatro de los demás países.

JOSE MONLEON

errores confirmados

LA selección española de fútbol cayó dignamente ante Alemania en el desesperado envite para ganar la baza de calificación de los cuartos de final del Campeonato del Mundo. Como en Chile, hace cuatro años, la rescisión fue tardía. Los llamados suplentes dieron una lección de dignidad y de corazón, y cuesta poco asegurar que de haber utilizado esas virtudes en los partidos contra Argentina y Suiza ni se hubiera hecho el ridículo que se hizo ni se hubiese quedado fuera de combate en la fase de los octavos de final.

errores de dirección

Es fácil juzgar con los resultados a la vista. Pero no estará de más recordar que repetidamente se ha llamado la atención de los medios responsables de nuestro fútbol sobre los errores multiplicados que se han observado en la dirección y preparación del equipo de España.

Para empezar se criticó ampliamente —nosotros los primeros— la falta de un plan coordinado que propiciara la creación de un equipo-base. En realidad, durante toda la fase de preparación y concentración en Galicia, las renovaciones y pruebas fueron constantes y se vino a Inglaterra sin que nadie supiera cuál iba a ser la formación definitiva. Esto era grave cuando se sabe que la construcción de un bloque es fundamental y mucho más importante que un ramillete de individualidades extraordinarias que jueguen cada una por su lado.

En segundo lugar, Villalonga, que había formado un excelente cuadro, el que conquistó la Copa de Europa de selecciones nacionales, y que había siempre pregonado una inyección de juventud en el equipo, dio la espalda a esta acertada teoría para a última hora introducir tal cantidad de veteranos, que a la fuerza tenía su juego que estar dominado por una desesperante lentitud.

errores de inhibición

Sería injusto, sin embargo, cargar todas las culpas sobre Villalonga.

Frente a Argentina y Suiza, algunos de nuestros jugadores, entre ellos los más famosos y empujados, hicieron tal dejación de deberes que a ratos nos causaron sonrojo. Jugar bien o mal, ganar o perder son factores aleatorios en toda justa deportiva. Pero inhibirse en el esfuerzo o en la dedicación que exigen la defensa de la camiseta nacional, nos parece una postura vergonzosa por no decir incalificable.

Tal vez con todas las equivocaciones de Villalonga el honor podía haberse salvado con un poco más de entrega y de corazón por parte de los jugadores que actuaron contra Argentina y Suiza. Algunos rindieron al 10 por 100 de lo que en ellos es habitual y con tal clase de prevenciones y remilgos que cualquier clase de censura y crítica está suficientemente justificada.

Si los italianos— cuyo fútbol superprofesional tantas semejanzas tiene con el nuestro— han calificado de grotesca su eliminación ante los sorprendentes coreanos, el papel de España en Sheffield y Birmingham hay que juzgarlo de irrisorio, pobre y desgraciado.

En realidad, los honores conquistados en el último partido contra Alemania, fueron como las flores puestas sobre la tumba de unas ilusiones.

errores de estructuración

A las equivocaciones de Villalonga y a las inhibiciones de algunos «ases» hay que agregar los errores de estructuración de nuestro fútbol al que hay que moralizar y dignificar para colocarlo, sin salirse de la línea del espectáculo que exige el público, en un círculo más deportivo y ético.

Que el dinero corrompe las esencias deportivas, esto es algo evidente. Por eso debe tenderse a frenar la tendencia de convertir el fútbol en un simple juego de Debe y Haber. Las asambleas anuales que celebran los clubs españoles son unas «kermesses» divertidas más que reuniones de estudio serias para corregir los defectos de una estructuración donde privan los pequeños egoísmos y no la visión general positiva para poner remedio a un «crack» absoluto de los valores auténticamente reales del deporte.

En este sentido habrá que admitir que la Federación Española no ha hecho poco ni mucho para dar marcha atrás a una corriente depresiva de estos valores. No ha hecho nada. Esta política del avestruz, de ignorar la realidad y la verdad, han dado paso no sólo a esta deprimente eliminación de Inglaterra, sino a una serie de casos escandalosos en la última Liga, cuya aclaración, por lo menos oficialmente, constituye todavía un misterio.

el objetivo lejano

Desde hace dieciséis años, el fútbol español busca su rehabilitación en el Torneo mundial sin jamás conseguirlo. Ningún recuerdo mejor que éste para hacer hincapié en la larga cadena de dramáticos eslabones que ata a nuestro fútbol cuando se trata de poner en evidencia su valía.

La sucesión de fracasos, más o menos estrepitosos, no ha servido la lección. En 1960 seguimos como en 1951. Los brasileños —grandes vencedores— acusan a sus técnicos de haber realizado 33 alineaciones distintas en los 31 últimos partidos, y de haber gastado en vano 50 millones de pesetas en las tareas de preparación. En eso de perder la cabeza, los brasileños, sin embargo, tienen la excusa en los últimos años de haber ganado dos títulos mundiales. Los españoles perdemos la cabeza y además los títulos. ¿Hasta cuándo?

Esta pregunta no parece tener una respuesta fija. El objetivo de dignificar nuestro fútbol y de asentarlo sobre bases lógicas, sólidas y deportivas, parece estar todavía muy lejano. Y a fuerza de ser pesimistas, no sabemos si esta dura lección servirá para algo.

J. J. CASTILLO